

LA AGRESIÓN Y LA VIOLENCIA COMO EXPERIENCIAS SUBJETIVAS

● Maximiliano Hernández Cuevas*

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Sociología Jurídica, Universidad Nacional Autónoma de México; maestro en Ciencias Penales con Especialidad en Criminología, Instituto Nacional de Ciencias Penales; catedrático del Instituto Nacional de Ciencias Penales; profesor investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; docente y fundador de la licenciatura en Derecho en el Programa Universitario de Educación Superior en Centros de Reclusión de la Ciudad de México (PESKER), impartida a los reclusos; miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

PALABRAS CLAVE

KEYWORDS

● **Violencia**

Violence

● **Agresión**

Aggression

● **Antisocial**

Antisocial

● **Subjetivo**

Subjective

Resumen. El trabajo muestra la diferencia de la agresión y la violencia como experiencias subjetivas humanas. En apariencia semejantes, se distinguen por sus motivaciones: de origen, son respuestas impulsivas a emociones básicas como el miedo, la ira, los celos o la envidia, y su asiento neurobiológico es muy parecido; no obstante, la primera es reacción defensiva de carácter evolutivo, y la segunda, más que defensiva, se centra en causar daño. Así, mientras la agresión es genéticamente programada, la violencia es promovida, sea por trastornos orgánicos o por pasiones radicadas en el carácter del individuo formado en la interacción social.

Abstract. The work shows the difference of aggression and violence as subjective human experiences. In appearance similar, they are distinguished by their motivations: of origin, they are impulsive responses to basic emotions such as fear, anger, jealousy or envy, and their neurobiological seat is very similar; however, the first is an evolutionary defensive reaction, and the second, rather than defensive, focuses on causing harm. Thus, while the aggression is genetically programmed, the violence is promoted, either by organic disorders or by passions rooted in the character of the individual formed in social interaction.

Fecha de recepción: 7 de julio de 2020

Fecha de aceptación: 1 de octubre de 2020

SUMARIO.

I. Introducción. II. Dimensión subjetiva de la agresión y la violencia. III. Carácter natural y evolutivo de la agresión como respuesta defensiva. IV. Agresión y violencia: dos reacciones de diferente raigambre. V. El origen filogenético de la violencia. VI. Los sentimientos y el carácter. VII. Conclusión. VIII. Fuentes de consulta.

I. INTRODUCCIÓN

La violencia y la agresión son un asunto fundamental cuando se intenta comprender la naturaleza y condición humanas. Acaso nos caracterizan desde nuestro pasado ancestral y permanecen como expresión contundente de las motivaciones del mundo en el cual nacemos y pretendemos sustentar en la razón. De ahí la dificultad de entenderlas mejor si nos olvidamos, por un lado, de sus ingredientes biológicos, evolutivamente conformados para funcionar como parte del equipamiento adaptativo de muchas especies, incluida la nuestra; y por el otro, de los correspondientes a la interacción de las personas que, como veremos, es profundamente instigada por las pasiones.

En tal sentido, la agresión y la violencia parecen comportamientos iguales. Sin embargo, es posible diferenciarlas conforme al tipo de motivación de sus ejecutantes, ya que no es lo mismo referir la agresión de muchas especies animales movida, por ejemplo, a satisfacer necesidades reproductivas, alimentarias, de seguridad o de espacio vital, que la violencia impregnada de crueldad hacia las víctimas de su perpetración.

Por consiguiente, si bien es posible rastrear el fundamento biológico de la violencia, en apariencia equivalente al de la agresión, no es menos cierto que la misma también posee una base cognitiva y pasional que la distancia de la mera preservación vital. En tal entendido, el objeto del presente artículo es examinar la agresión y la violencia como experiencias subjetivas del ser humano, mostrando sus correlatos connatural-evolutivos y ambientales, ambos consustanciales a nuestra especie, que marcan una diferencia importante de su expresión en los demás animales.

II. DIMENSIÓN SUBJETIVA DE LA AGRESIÓN Y LA VIOLENCIA

Puede afirmarse que la agresión y la violencia son respuestas impulsivamente motivadas por emociones básicas como la ira, el miedo, la ansiedad, los celos o la envidia (Buss, 2014: 1-3; Nesse y Ellsworth, 2009: 129-139; Jarymowicz y Bar-Tal, 2006: 367-392). Y estas últimas, a su vez, son reacciones neurofisiológicas ante acontecimientos percibidos y procesados por un organismo vivo con un sistema nervioso apto para ello.

Las respuestas emotivas se originan en los sistemas específicos del cerebro (a veces en una región específica) responsables de dar órdenes a los diversos componentes de esa respuesta: las moléculas químicas que han de segregarse, los cambios viscerales que han de conseguirse, o los movimientos de la cara, las extremidades o el cuerpo entero que forman parte de una emoción específica, ya sea ésta ira, miedo o alegría... (Damasio, 2018: 146, 147)¹

Así pues, conviene precisar que una emoción básica, por ejemplo el miedo o incluso el pánico, puede desencadenar respuestas *emotivas* ajenas a la voluntad, como son la agresión, la huida, el llanto o la parálisis; y si bien es cierto, aun cuando en el caso de la violencia hay que ser cautos al colocarla en el terreno de los comportamientos impensados (al igual que muchos actos o actitudes agresivas), aquí lo importante es enfatizar su carga emocional primigenia, factor que hace posible equipararlas a pesar de sus importantes diferencias, las cuales abordaremos en adelante.

Para ello, primeramente, es necesario consignar el ingrediente *subjetivo* de reacciones emotivas como la agresión y la violencia: pese a que pueden ser experiencias compartidas por varios individuos, cada cual lo vivencia de modo singular; significa que dichas respuestas resultan peculiares debido a que son efectuadas por individuos dotados de consciencia.

¹ “Sabemos dónde están situadas las regiones fundamentales del cerebro. En su mayor parte consisten en grupos de neuronas (núcleos) en el hipotálamo, el bulbo raquídeo, (donde es especialmente importante una región denominada gris periacueductal) y en el prosencéfalo basal (donde los núcleos de la amígdala y la región del *nucleus acumbens* son las estructuras principales). Todas estas regiones pueden ser activadas por un procesamiento de contenidos mentales específicos. Podemos imaginarnos la activación de una región concreta como el ‘emparejamiento’ de un determinado contenido con esa región. Cuando tiene lugar este emparejamiento, que es lo mismo que decir que la región ‘reconoce’ una determinada configuración, se inicia el desencadenamiento de una emoción [...] Este conjunto de regiones cerebrales subcorticales está presente en vertebrados e invertebrados, pero destaca especialmente en los mamíferos. Alberga los medios para responder a todo tipo de sentimientos, objetos y circunstancias con impulsos, motivaciones y emociones [...] El desencadenamiento de respuestas emotivas tiene lugar de forma automática e inconsciente, sin la intervención de nuestra voluntad...” (Damasio, 2018: 146,147).

Es en esto último donde la experiencia emotiva individual, involuntaria, adquiere un fuerte componente de subjetividad pues, en efecto, lo subjetivo se vuelve tal por mediación de la autopercepción interior y la consciencia —se entiende por autopercepción interior a las *imágenes del interior de uno mismo*, estas contribuyen a crear los sentimientos sobre nosotros mismos y, por consiguiente, la propia subjetividad (Damassio, 2018: 197-198)—.

Esto es, ¿qué hace a una respuesta impulsiva, de corte individual y natural, una experiencia subjetiva? Precisamente, la capacidad de elaborar imágenes auditivas, visuales, sensoriales, táctiles, olfativas, gustativas, así como las mencionadas imágenes del interior de uno mismo y pensamientos posteriores a dicha respuesta que intentan dar cuenta de reacciones automáticas como las emociones (Damassio, 2018: 194-195). Ello implica un importante factor que distancia a los animales conscientes de los que no lo son: la aptitud de hacer ilaciones acerca de lo que se actúa —y se siente— al margen de la voluntad. *Es esta dimensión subjetiva de la agresión y la violencia la que distancia dichas acciones, involuntarias, o incluso voluntarias, de la mera pulsión instintiva.*²

Efectivamente, a medida que existe la posibilidad de sentir y cobrar consciencia sobre las acciones realizadas, la agresión —aun la de carácter defensivo— y la violencia adquieren una motivación no solo emocional, sino además vinculada al apasionamiento y la consciencia, pues, como experiencias subjetivas, se abren a diversas posibilidades: desde los sentimientos de dolor, remordimiento, arrepentimiento, satisfacción, o aun placer, entre otros, hasta la deliberación sobre lo acontecido —errores, aciertos, consecuencias y la posible premeditación para sucesos posteriores—.

En otros términos, las raíces emotivas de tales comportamientos, en función de la capacidad sentimental y cognoscente, se tornan un asunto tanto emocional como pasional. Dos tipos de reacción impulsiva de base biológica común, pero diferenciables conforme es posible distinguir entre las meras pulsiones de origen instintivo (emociones) y aquellas que no lo son y están radicadas en el carácter (pasiones). Veamos con detenimiento esta divergencia.

² Sobre la violencia como negación de la subjetividad (Wieviorka, 2001: 337-347).

III. CARÁCTER NATURAL Y EVOLUTIVO DE LA AGRESIÓN COMO RESPUESTA DEFENSIVA

Como hemos adelantado, la agresión es una respuesta de carácter emotivo que compartimos los seres vivos; es parte del equipamiento biológico de supervivencia que entra en acción ante amenazas a la integridad del individuo, que lo impele a mantenerse con vida. Es un recurso en el que se emplea la fuerza física o la amenaza de usarla ante una situación de peligro; es, ante todo, una reacción impulsiva y por lo mismo ajena a la voluntad: “La agresión programada filogenéticamente, tal y como existe en el animal y en el hombre, es una reacción defensiva biológicamente adaptativa” (Fromm, 1985: 107).

Así descubrió Goethe [1940] una reacción de pollitos silvestres (*Tetrao urogallos*) a un simulacro de ave de presa movido por un alambre [...] Interesante fue en esta reacción que los polluelos de 20 días ya se separaban por sexos, y mientras las gallinitas buscaban protección, los gallitos tomaban posición de defensa... (Lorenz y Leyhausen, 1985: 39)

Ahora bien, es menester distinguir a la agresión defensiva de aquella que no lo es. La primera es característica de comportamientos animales, como la territorialidad, la autoprotección o la protección de críos, o bien la lucha por los alimentos. En cambio, la segunda es la agresión rapaz propia de animales depredadores. Los motivos de la agresión difieren en ambos casos: el instinto depredador no es de defensa, común a todos los animales, sino de búsqueda de alimento, común a ciertas especies morfológicamente equipadas para esa tarea. La diferencia entre estos tipos de agresión es importante para el tema de la agresión humana, ya que filogenéticamente el ser humano no es un animal depredador, y de ahí que su agresión, en lo relacionado con sus raíces neurofisiológicas, no sea de tipo rapaz.³

Los estudios en animales han aportado mucha información sobre las principales estructuras neuroanatómicas implicadas en la agresión, entre las que se encuentran el mesencéfalo, el hipotálamo, la amígdala y el sistema límbico, otras estructuras subcorticales y la corteza cerebral. Sin embargo, hay que considerar que las áreas implicadas pueden variar en función de diversas variables, como la especie estudiada y *el tipo de agresión*. Las primeras aproximaciones al estudio de la agresión y la violencia en los seres humanos han

³ El comportamiento depredador posee su propio substrato neurofisiológico, distinto del de la agresión defensiva; además, el comportamiento en sí es diferente, pues no está cargado de rabia ni es intercambiable con el comportamiento combativo, sino que es determinado por su objetivo, perfectamente dirigido, y la tensión termina al lograrse el objetivo: la obtención del alimento (Fromm, 1985: 110; Berg, 2014: 3-6). Acerca del pasado ancestral del ser humano, su dieta y comportamiento no predatorio (Gräslung, 2005: 136-144).

establecido que, en general, existe coincidencia con la investigación animal. (Moya-Albiol, 2004: 1077-1095).

Esta raíz biológica de la agresión defensiva, que compartimos con los animales, es producto evolutivo a favor de la vida; representa una expresión del *imperativo homeostático de resistir y prevalecer*.⁴ Es en tal perspectiva que la aptitud natural de agresión humana nos impulsa a la preservación de la integridad personal o del grupo al que pertenecemos. *Tenemos en ello un aspecto de relevancia suprema que diferencia a la agresión de la violencia. En tanto la primera impulsa a la vida, la segunda atenta contra la misma, como veremos enseguida.*

IV. AGRESIÓN Y VIOLENCIA: DOS REACCIONES DE DIFERENTE RAIGAMBRE

Anteriormente, dijimos que las raíces neurofisiológicas de la agresión y la violencia parecen iguales; sin embargo, al examinar el asunto de la agresión defensiva como reacción a favor de la vida, es menester dejar muy en claro que la violencia *no* es una respuesta en tal sentido, y aun cuando —de origen— pudiera parecer que comparte regiones corticales y subcorticales con la agresión, su emisión responde más a estados patológicos que a un equipamiento natural de supervivencia.

Al respecto, existen múltiples estudios neurocientíficos y psicopatológicos que han puesto de manifiesto la raíz morbosa de muchos comportamientos violentos,⁵ y quizás de todos, puesto que la cuestión es explicar, satisfactoriamente, cualesquiera de sus variantes en función del contexto en el cual surgen y acontecen —sea este de la vida psicobiológica, familiar, grupal, social o política, o de todas en plena interconexión—. Es aquí cuando cobra especial interés la capacidad de consciencia y la forma en que el sujeto procesa mentalmente sus experiencias de vida. De modo que la vida emotivo-sentimental, por obra de la consciencia, adquiere un papel

⁴ No obstante que Damasio (2018), al definir a la homeostasis como un poderoso imperativo de cualquier organismo vivo, grande o pequeño, lo refiere como “carente de reflexión y expresión”, resulta patente que la agresión defensiva es, precisamente, una forma en la que se expresa tal imperativo en los animales. Entiendo que su definición abarca la vida en general, no solo la vida animal, de ahí que la agresión no puede implicarse como expresión de la homeostasis en “cualquier organismo vivo”, tal como él explica a esta última (p. 35).

⁵ Por ejemplo, entre muchos más, los siguientes: Arana, 2012; Baskin-Sommers y Baskin, 2016; Calderón y Barbera, 2012; Fromm, 1985, 2010; Glenn y Raine, 2014a, 2014b, pp. 54-63; Moya-Albiol, 2004; Sanmartín, 2013, pp. 269-286; Stockdale, *et al.*, 2015.

significativo en la conformación del sujeto mismo, de su personalidad, *carácter* o forma de *ser* en su propia vida e interacción con los demás.

Así, la perspectiva psicoanalítica ofrece un importante marco teórico para explicar el proceso mediante el cual se transita de las respuestas impulsivas de base emocional a reacciones impulsivas cuyo fundamento son las pasiones. El núcleo de esta diferenciación está en la formación del carácter, el cual es consecuencia del desprendimiento de nuestra vida de la mera instintividad, para conducirla con autodeterminación por medio de la consciencia. Surge con ello la necesidad existencial básica del ser humano de formación de una *estructura caracterial*:

Esta necesidad tiene relación con [...] la importancia decreciente de la dotación instintiva [...] El carácter es la estructura específica en que se organiza la energía humana para la consecución de los fines [de la persona]; motiva el comportamiento según sus fines dominantes. Decimos que una persona obra "instintivamente" de acuerdo con su carácter [...] el carácter es el destino del hombre. El tacaño no se pregunta si debe economizar o gastar; se *siente impulsado* a economizar o guardar; el carácter explotador sádico es impulsado por la pasión de explotar; el carácter sádico, por la pasión de mandar; el carácter amoroso y productivo no tiene más remedio que esforzarse en amar y compartir. (Fromm, 1985: 255)

Obsérvese cómo se alude al *sentirse impulsado* a obrar en determinado sentido, lo cual implica que es un carácter, en particular, el que mueve inconscientemente —es decir, por impulso— a una persona a comportarse de manera específica ante las situaciones de vida que confronta. En tal sentido, el "carácter es el sistema relativamente permanente de todos los afanes no instintivos mediante los cuales el hombre se relaciona con el mundo humano y el natural" (Fromm, 1985: p. 231).

Por lo tanto, aquello que da motivación impulsiva al carácter son afanes, esto es, las pasiones radicadas —integradas— en él. Las pasiones son definidas como los diferentes modos de satisfacer las necesidades existenciales propias del ser humano;⁶ pasiones tales como el amor, la ternura, el afán de justicia, la independencia, la sinceridad, el odio, el sadismo, el

⁶ Sobre las necesidades existenciales del ser humano, compartidas por todos los integrantes de la especie independientemente del tiempo, lugar, cultura y circunstancias de vida, existen varios desarrollos científicos. El psicoanalítico, que sirve de referencia en este estudio, refiere las siguientes: 1. Necesidad de un marco de orientación y devoción; 2. de raigambre; 3. de efectividad; 4. de excitación y estimulación; y 5. de estructura caracterial. Las necesidades existenciales surgen "de las contradicciones fundamentales que caracterizan la existencia humana y radican en la dicotomía biológica entre los instintos faltantes y la consciencia de sí mismo. El conflicto existencial del hombre produce ciertas necesidades psíquicas comunes [...] tienen sus raíces en la existencia misma del hombre [...] y su satisfacción es necesaria para que se mantenga sano, del mismo modo que es necesaria la satisfacción de pulsiones orgánicas para que se mantenga vivo" (Fromm, 1985: 231, 234-246)

masoquismo, la destructividad o el narcisismo (Fromm, 1985). Todas ellas impulsan la actitud que cada sujeto asume consigo mismo y en su trato con los demás. Resulta así que la agresión y la violencia adquieren el matiz que la subjetividad de cada individuo le imprime en función de su carácter. Es decir, las pasiones tienen un papel definitorio en los actos de agresión y/o violencia de cada individuo o de grupos enteros.⁷

Por supuesto que lo anterior no invalida el papel de la agresión defensiva como impulso vital de origen instintivo; por el contrario, la agresión de este tipo nos recuerda constantemente nuestra naturaleza que, por obra de la consciencia, intentamos dirigir moralmente, pero que ahí está —siempre presente— como parte del imperativo homeostático de sobrevivir y prevalecer: energía vital que nos coloca en conflicto según las experiencias subjetivas intervinientes en la formación del carácter. Esto es, en función de las pasiones que sustentan su carácter, el sujeto buscará la satisfacción de necesidades propias de su existencia humana mediante la agresión, la violencia, la dominación y el sometimiento de los demás o, contrariamente, con actitudes empáticas y afectivas de solidaridad, ejercicio de la cordura y, por consiguiente, de búsqueda de la justicia.

V. EL ORIGEN FILOGENÉTICO DE LA VIOLENCIA

El fundamento filogenético de la violencia puede rastrearse mediante el estudio de primates como el chimpancé, debido a su cercanía con nuestra especie; ello, no obstante aseveraciones científicas como la siguiente: “[a causa de que] los chimpancés no tienen lenguaje no pueden transmitir símbolos, valores ni ideas; es decir, no tienen las condiciones para la formación del carácter” (Fromm, 1985: 256).⁸

⁷ Incluso, hasta es factible la formación de un *carácter social*: “De lo que se trata es de saber por qué la especie humana [...] pudo formarse un carácter. La solución ha de hallarse probablemente en ciertas consideraciones biológicas. Desde el principio, los grupos humanos vivieron en circunstancias ambientales muy diversas [...] Aquellas situaciones ambientales diferentes empero hacían necesario que cada grupo adaptara su comportamiento a sus situaciones respectivas, no sólo por el aprendizaje sino también formándose un ‘carácter social’. El concepto de carácter social se basa en la consideración de que cada forma de sociedad (o clase social) necesita emplear la energía humana del modo específico necesario para el funcionamiento de esa sociedad. Sus miembros han de *desear* hacer lo que *tienen* que hacer para que la sociedad funcione debidamente. *Este proceso de transformación de energía psíquica en energía psicosocial específica es transmitido por el carácter social*. Los medios por que se forma el carácter social son esencialmente culturales. Por mediación de los padres, la sociedad transmite a los hijos sus valores, prescripciones, órdenes, etc.” (Fromm, 1985: 256).

⁸ Como inmediatamente veremos, estudios más recientes han desmentido esta afirmación de Fromm respecto a la ineptitud de los chimpancés para transmitir a los hijos conocimientos y cultura; por ejemplo, a los pequeños chimpancés a través de las hembras madres (Gräslung, 2005: 154); y lo mismo, en edad juvenil temprana, cómo los machos

Contrariamente, investigaciones posteriores nos han ubicado en otro escenario: que los chimpancés poseen tanto aptitud para el lenguaje, aunque no articulado oralmente, como para utilizar herramientas y crear formas de cultura incipientes. Es decir, son partícipes de propiedades biológicas y sociales favorables a la formación rudimentaria de un carácter, a saber: la vida gregaria combinada con las capacidades de autopercepción, de cognición y de consciencia.⁹

Todo empezó con el capital descubrimiento de Jane Goodall, que en 1960 dio a conocer un hecho sorprendente: los chimpancés de Gombe, en el África oriental, sabían construir y utilizar herramientas [...] ¿qué explicación cabía dar al hecho de que dominaran una habilidad que es el sello distintivo de la cultura homínida? [...] ¿por qué sus procesos mentales parecían tan idénticos a los nuestros? [...] por fin, en 1966, Washoe empezó a hablar con señas. Cuando la conocí, un año más tarde, yo mismo no salía de mi asombro y me preguntaba cómo era posible que una criatura de aspecto tan rematadamente distinto al de un niño pudiera pensar, actuar y hablar de manera idéntica a la de un ser humano de corta edad. (Fouts, 1999: 72)

Fouts (1999) es uno de los investigadores que en 1967 enseñaron a comunicarse con las manos, por medio del lenguaje de signos americano (ASL) —lenguaje de señas de los sordomudos—, a una bebé chimpancé de dos años de edad por iniciativa de los psicólogos experimentales Allen y Beatrix Gardner, quienes se hicieron cargo del cuidado y educación de la pequeña en su propia casa como parte de su familia y asignaron a Fouts como ayudante de investigación en el proyecto Washoe: “Washoe y yo nos comunicábamos mediante símbolos. Ella me proporcionaba información simbólica al pedirme que abriera la puerta y al sugerir que utilizara la llave para quitar el candado. Yo le respondía con una información también simbólica...” (p. 111).

Contrariamente a lo que Fromm pensaba, los chimpancés tienen aptitud de comunicación lingüística —esto es, simbólica— y, por lo tanto, la posibilidad de deliberación que los ubica más allá de la vida puramente sujeta a los instintos. De ahí que la enseñanza del lenguaje de signos se haya extendido a otros ejemplares, sobre lo cual Fouts afirma lo siguiente:

jóvenes desafían a sus madres y comienzan a buscar a los machos adultos de quienes aprenden otras actividades propias de su sexo como el patrullaje y la cacería “[...] Algunas veces un macho adolescente elige a uno de los machos seniors como su ‘héroe’. Es atento con todos, pero es a su héroe al que observa más de cerca y con el que más estrechamente viaja cuando deja a su familia [...]” (Goodall, 1993: 56-60).

⁹ Sobre la capacidad cognitiva de los chimpancés, recomiendo un estudio panorámico sobre el tema (Tomasello, 1997).

... la velocidad de aprendizaje variaba considerablemente de unos a otros [...] los chimpancés al igual que los humanos, son entes individuales cuyo proceso de aprendizaje se halla muy condicionado *por el carácter propio* de cada uno y su particular forma de reaccionar en distintos entornos educacionales. (Fouts, 1999: 72)

Por otra parte, en cuanto a las relaciones de dominio y vasallaje, en otro momento de investigación posterior al citado, al experimentarse por separado en la enseñanza del lenguaje a grupos de niños sordomudos y a otros de pequeños chimpancés, la conclusión fue que eran prácticamente idénticas. Y “... un aspecto en concreto de dichas relaciones, el de contacto físico, parecía responder a una sola regla: cuanto menos poder tenía uno de los jóvenes en el seno del grupo, más lo tocarían sus compañeros y menos los tocaría él” (Fouts, 1999: 212-213). Además, también son consignados actos de solidaridad por parte de Washoe adulta hacia otra hembra, al haberla rescatado del peligro de morir ahogada.¹⁰

Por su parte, en lo que concierne a chimpancés en estado salvaje, Goodall (1993) refiere lo siguiente:

Ellos emplean —y necesitan sus habilidades intelectuales durante el habitual día a día en su compleja sociedad [...] Continuamente tienen que tomar decisiones, como dónde ir o con quién viajar. Necesitan imperiosamente desarrollar su habilidad social, particularmente aquellos machos que luchan por un alto puesto en la jerarquía dominante. Los chimpancés de nivel inferior deben aprender a contentarse —a ocultar sus deseos, o bien a hacer las cosas en secreto— si quieren seguir viviendo con sus superiores [...] Bajo la ley de un poderoso macho los conflictos entre los otros miembros de la comunidad pasaron a ser mínimos, porque utilizaba su posición para prevenir las luchas entre sus subordinados. No siempre era evidente su motivación. Algunas veces podía ser un genuino deseo de ayudar a un desvalido. Otras, que el alfa cayera y su posición cambiara si otro macho iniciaba la lucha... (pp. 12, 29)

Vemos, pues, que los chimpancés están mucho más cerca de los humanos de lo que hasta hace pocas décadas se había imaginado. Al punto que deberíamos extender nuestra idea de persona hacia ellos, dado su nivel cognitivo, emotivo-sentimental y caracterial pues, en efecto, poseen un desarrollo de consciencia y autoconcepto¹¹ que los sitúa como seres con dig-

¹⁰ En torno a la solidaridad —aprendida o no— en primates (De Waal y Suchak, 2010).

¹¹ “Entonces se probó experimentalmente y por encima de cualquier duda que los chimpancés podían reconocerse a sí mismos ante un espejo, lo que demuestra que, de algún modo, poseen alguna clase de auto-concepto. De hecho, Washoe ya había demostrado esta habilidad unos años antes, reconociéndose espontáneamente ante un espejo, mirando fijamente su imagen y haciendo el signo de su nombre. Pero esa observación era meramente anecdótica. La prueba llegó cuando a unos chimpancés que habían estado jugando con espejos se les aplicaron, mientras estaban anestesiados, toquitos de pintura inodora en puntos, como la cabeza y las orejas, que no podían ver sino en el espejo. Cuando

nidad muy cercana a la nuestra, claro que sin haber llegado al grado de desarrollo cultural ni de capacidad destructiva que poseemos. Así que en lo tocante a la formación del carácter o “segunda naturaleza del hombre”, cabe añadir que no tenemos el monopolio, sino que también existe —en sus albores— en primates como los chimpancés (Fromm, 1985: 122).

Y por ello, asimismo, estos pueden incurrir en actos de violencia probablemente ligados al afán de predominio o sometimiento de unos individuos o grupos sobre otros o motivados por pasiones como el odio o el rencor.¹² Esto, en razón de que, conforme evolutivamente se asciende en el desarrollo de la consciencia y, por tanto, en la capacidad de dar significado a las acciones, las emociones —cuyo fundamento es impulsivo— se matizan de intencionalidad difícilmente asociable solo a las *pulsiones orgánicas*, anteriormente llamadas instintos (cuya función es garantizar la supervivencia del individuo y de la especie), y, en cambio, sí a las pulsiones *no orgánicas* (pasiones radicadas en el carácter).¹³

Al respecto, estudios como los de Goodall sobre la vida en libertad de los chimpancés han registrado episodios de violencia frenética y difícilmente explicables como agresiones en defensa del territorio, sino tal vez motivados por enojo, rencor u odio hacia individuos que, habiendo pertenecido a una comunidad, decidieron abandonarla para formar la suya por cuenta propia. Tal es el caso de la guerra acontecida entre los chimpancés de Gombe, en la cual se dieron terribles asesinatos hacia importantes excompañeros:

Definitivamente intentaban matarle —Faben le retorció la pierna varias veces, como si estuviese intentando desmembrar un adulto de colobo después de una cacería [...] Repetidamente aporreaban los troncos de los árboles, lanzaban rocas, arrastraban y tiraban ramas. Y siempre gritaban, en señal de triunfo. Goliath, como las demás víctimas, había sido horriblemente herido [...] Los ataques observados en Gombe, sin embargo, estaban claramente dirigidos a las hembras adultas [...] parece que los ataques constituyen una expresión del odio que sienten los chimpancés de una comunidad por los de otra [...] Igual que Goliath, Madam Bee era vieja [...] Pero esta indefensa hembra fue tratada de la misma depravada

se despertaron no sólo quedaron fascinados por su manchada imagen, sino que inmediatamente investigaron con sus dedos las manchas de pintura” (Goodall, 1999: 12).

¹² Sobre registros de ataques mortales, explicables por comportamientos defensivos, pero también impregnados de violencia entre los chimpancés (Mitani, Watts and Amsler, 2010; Mitani and Muller, 2005; Wrangham, Wilson and Muller, 2006, pp. 14–26). También ver el documental que recopila diez años de investigación sobre los chimpancés en estado salvaje de Ngogo, Uganda, de John Mitani, *La rebelión de los simios*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=YZAO2mrMmNI>

¹³ “Las pulsiones ‘no orgánicas’ no programadas filogenéticamente y no comunes a todos los hombres: el deseo, de amor y libertad; la destructividad, el narcisismo, el sadismo, el masoquismo [...] no significa que no tengan un substrato neurofisiológico, sino que no son iniciadas por las necesidades orgánicas ni les sirven” (Fromm, 1985: 86).

manera: aporreada y tundida, arrastrada a revolcones. (Goodall, 1993: 51, 53) [cursivas más]

Por otro lado, también existe el reporte de violencia, probablemente patológica, en la que se llega al canibalismo, conducta inexistente en la vida normal de las comunidades de estos simios.

Durante las siguientes cinco horas Passion se comió el bebé de Gilka compartiendo la carne con su familia, Pom y el joven Prof. Entre los tres consumieron hasta el último pedazo. Nos quedamos sin habla [...] el ataque de Passion sobre Gilka parecía tener un único objetivo, atrapar a la cría. Y se comió su cuerpo del mismo modo como se comen las presas, poco a poco y con apetito, masticando cada mordisco de carne con unas cuantas hojas verdes. Empezamos a sospechar que el primer bebé de Gilka, el pequeño Gandalf, podría haber tenido un destino semejante. (Goodall, 1993: 40)

En contraste, con respecto a otro caso ligado a muestras de territorialidad, aquí destaca la manera de devorar, compartiendo la presa con su familia y con posible disfrute. Hecho distinto a lo ocurrido en el otro, en el que, incluso, se muestra un comportamiento acicalador hacia el cachorro victimizado, además de que el canibalismo no se termina ni realiza en igual forma; acto que parece más bien una secuela de la agresión frenética desplegada hacia los extraños al grupo, pero lejano a la anormalidad mostrada en el primer suceso.

Cabe agregar que la hembra caníbal y una hija suya adulta frecuentemente acosaban a otra hembra más débil y con parálisis de un brazo, a quien terminaron quitándole y devorando no solo a uno, sino posiblemente a sus dos críos.

Probablemente nunca sabremos por qué Passion y Pom se comportaban de esta horripilante manera. Gilka no era su única víctima: Melissa perdió una, posiblemente dos, a manos de las hembras asesinas, y durante los cuatro años que duraron sus depredaciones desaparecieron hasta un total de seis recién nacidos. (Goodall, 1993: 41)

La hembra caníbal y dominante tenía un carácter duro y desapegado:

... con el paso de los años se había vuelto progresivamente antisocial; los grandes grupos de chimpancés que había reunido en el campamento con los plátanos eran cosa del pasado [...] no tenía amigos [...] con quien su cría Prof pudiese jugar. (Goodall, 1993: 59)

Finalmente, conviene citar la siguiente conclusión de Goodall, una de las más prestigiadas autoridades en la investigación de estos primates:

La violencia intercomunitaria y el canibalismo que se dio en Gombe, sin embargo, eran inéditos [...] De repente vi que bajo ciertas circunstancias pueden ser igual de brutos, que también hay una cara oscura en su naturaleza [...] *Los ataques intercomunitarios y el canibalismo eran otro tipo de violencia* [...]: Satán, recogiendo con la mano la sangre que perdía Sniff por la barbilla para bebérsela;¹⁴ el viejo Rudolf, tan tranquilo normalmente, lanzando una piedra de unos ocho kilos sobre Godi; Jomeo arrancando un pedazo de piel del muslo de De; Figan atacando y golpeando repetidamente el magullado cuerpo de Goliath, uno de sus héroes de la infancia. Y, quizá lo peor de todo, Passion comiendo la carne del bebé de Gilka, con la boca rebosando sangre como el grotesco vampiro de un cuento infantil [...] Aunque los instintos agresivos del chimpancé son notablemente parecidos a los nuestros, su comprensión del sufrimiento que están infligiendo es considerablemente distinto al nuestro [...] creo que sólo los humanos son capaces de crueldad *deliberada*, de actuar con la intención de causar dolor y sufrimiento. (Goodall, 1993: 54-55)[cursivas mías]

VI. LOS SENTIMIENTOS Y EL CARÁCTER

En nuestro proceso dinámico natural de vivir, intelecto y emociones —en ágil conjunción— derivan en sentimientos que hacen posible percatarnos de nuestra situación vital propia, para cumplir con dos requisitos *homeostáticos* fundamentales ya mencionados: *prevalecer* y *sobrevivir* como sistemas orgánicos individuales en interacción con su entorno:

Los sentimientos nos proporcionan, en cada momento, una perspectiva general sobre el estado de nuestra salud. Los grados de bienestar o malestar son los centinelas de nuestra salud [...] un panorama completo de la homeostasis debe incluir la aplicación de este concepto [el de los sentimientos] a los sistemas en los que la actuación de las mentes conscientes con capacidad de deliberación pueden interrelacionarse —individualmente o en grupo— con mecanismos reguladores automáticos y crear nuevas formas de regulación vital que tengan el mismo objetivo que la homeostasis básica automatizada, es decir, conseguir estados vitales viables cuya regulación privilegie los equilibrios positivos y tiendan a producir el bienestar. (Damassio, 2018: 63-64)

Hoy día sabemos que los sentimientos existen previamente a las mentes conscientes, pero también que en estas su presencia es motor de la vida social y de las culturas. De ahí que sean básicos en la regulación y

¹⁴ Sobre esto, Fromm, en la perspectiva psicoanalítica, refiere el fenómeno como “un estado pre-individual de existencia [...] la sangre se convierte en la esencia de la vida; verter sangre es sentirse vivir, ser fuerte, ser único, estar por encima de todos los demás”. Interesante porque lo afirma en el sentido de cuando el ser humano renuncia a la racionalidad e incurrir en violencia que denomina “sed de sangre”, retrocede a un estado de existencia animal en el que se libra de la carga de la razón; “El matar en este sentido [...] Es afirmación y trascendencia de la vida en el nivel de la regresión más profunda [...] nivel más arcaico de conexión con la vida” (Fromm, 2010: 13-15).

conservación del equilibrio vital que nos mantiene como individuos y como especie. En otras palabras: por vía de los sentimientos, tanto los humanos como los animales gestionamos nuestra energía vital para prevalecer y sobrevivir, y es esto un factor que influye decisivamente lo mismo en las interacciones grupales que en la relación con el entorno natural (Damassio, 2018: 63-64).

Ahora bien, procede observar que la interacción social —rudimentaria o compleja—, en consonancia con las demandas homeostáticas referidas en humanos y otras especies gregarias, se construye sobre la base de relaciones de dominación; esto, porque los grupos se integran y permanecen merced a vínculos de cooperación contruidos en torno a individuos dominantes, quienes constituyen la garantía de supervivencia del grupo.

En el caso de los primates, como se vio antes, se fraguan alianzas para derrocar al macho dominante una vez que otros individuos desean y luchan por posiciones de poder (Goodall, 1993: 32-33). E, igualmente, respecto a grupos rivales, las luchas por la dominación llegan a derivar en matanzas sistemáticas que logran acabar con los opositores (Mitani y Amstler, 2010).

Así pues, para el caso de los primates, que las motivaciones puedan ser territoriales, alimenticias o de tipo sexual no está claro en las investigaciones recientes. Sin embargo, tales sucesos ilustran la capacidad intelectual de conspiración y alianza entre grupos para alcanzar el predominio de unos sobre otros. ¿Agresión defensiva o violencia letal? Un dilema no resuelto, pero que de acuerdo con lo visto implica motivaciones de orden no solo emocional instintivas, sino también ligadas a pasiones radicadas en el carácter. Aun de modo germinal, el caso de los chimpancés ilustra muy bien el origen de sentimientos que sirven de base a construcciones culturales basadas en relaciones de dominación y beneficio para individuos y los grupos de los que son parte.

Es un asunto de instinto gregario, pero también pasional, proveniente de la aptitud de consciencia. De modo que resulta pertinente interrogarnos: ¿acaso la pasión por el poder produce culturas competitivas y explotadoras? ¿Se forman así caracteres que trascienden al individuo y se tornan sociales? ¿Qué tanto y cómo se transmiten culturalmente? ¿O qué tanto por herencia biológica efectiva?

VII. CONCLUSIÓN

Ciertamente, los humanos hemos llevado al límite la violencia no impulsiva, sino intencional y a menudo indiferente, hacia nuestros semejantes. Empero, lejos de justificarlo, es preciso reconocer que una de las fuentes primordiales de conflicto existencial —quizás la de mayor impacto— es la integración dicotómica del ser humano en pasión y razón. La primera, ligada a la conformación del carácter; y la segunda, a la aptitud que posibilita nuestra calidad de seres morales. Somos, sustancialmente, seres sintientes y pensantes de naturaleza social capaces de generar cultura y, con ello, construir lo que entendemos como mundo de la vida, es decir, una realidad artificial de base emotivo-sentimental-cognitivo-racional, pero que también puede encerrarnos en un callejón sin salida.

De manera que reconocer la construcción deliberada de nuestro entorno social no implica desentendernos de nuestra naturaleza, y menos de la confusión en que nos arroja el desprendimiento de esta debido a la artificialidad. Al contrario, hace necesario observar cuidadosamente las aportaciones biológicas a nuestra actual condición humana, integrada tanto por lo que genéticamente nos caracteriza como por nuestra capacidad de interactuar socialmente de manera consciente (ambos rasgos, evolutivamente adquiridos). Esta conjunción nos permite organizarnos de forma moral, creando cultura y registro histórico de nuestra existencia, pero en la que precisamos hacer más caso a lo que natural y socialmente *sentimos* y que subyace como fuente motivacional de nuestros actos racionales.

VIII. FUENTES DE CONSULTA

Arana Medina, C. (2012). “Funciones ejecutivas y cognición social en sujetos con diagnóstico de personalidad antisocial”. En Fundación Universitaria Luis Amigó (ed.) *Hacia la transformación en la dinámica investigativa*. Medellín: Colombia.

Baskin-Sommers, A. y Baskin, D. (2016). “Psychopathic Traits Mediate the Relationship Between Exposure to Violence and Violent Juvenile Offending”. *J. Psychopathol Behav Assess*. Springer Science+Business Media New York. Disponible en: https://modlab.yale.edu/sites/default/files/files/Baskin-SommersBaskin_PPMediate.pdf

- Berg, L. (2014). "Comparing Predatory Versus Affective Violence and Examining Early Life Stress as a Risk Factor". *Writing Excellence Award Winners*. Paper 37. Disponible en: http://soundideas.pugetsound.edu/writing_awards/37
- Buss, D. (2014). "Comment: Evolutionary Criteria for Considering an Emotion 'Basic': Jealousy as an Illustration". *Emotion Review*, 6(4).
- Calderon Delgado, L. y Barrera Valencia M. (2012). "Exploración neuropsicológica de la atención y la memoria en niños y adolescentes víctimas de la violencia en Colombia: estudio preliminar". *Revista ces Psicología*, 5(1). Facultad de Psicología Universidad CES. Disponible en: <http://revistas.ces.edu.co/index.php/psicologia/article/view/2174>
- Damassio, A. (2018). *El extraño orden de las cosas. La vida, los sentimientos y la creación de las culturas*. Destino.
- De Waal, F. y Suchak, M. (2010). *Review Prosocial Primates: Selfish and Unselfish Motivations*. Atlanta, GA, USA: Living Links, Yerkes National Primate Research Center and Psychology Department, Emory University, The Royal Society. Disponible en: <https://royalsocietypublishing.org/doi/pdf/10.1098/rstb.2010.0119>
- Fouts, R. (1999). *Primos hermanos. Lo que me han enseñado los chimpancés acerca de la condición humana*. Barcelona, España: Ediciones B.S.A.
- Fromm, E. (1985). *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo XXI.
- Fromm, E. (2010). *El corazón del hombre. Su potencia para el bien y para el mal*. México: Fondo de Cultura Económica, 20ª reimpresión.
- Glenn A. y Raine A. (2014a). "Neurocriminology: implications for the punishment, prediction and prevention of criminal behaviour". *Nature Reviews Neuroscience*, 15.
- Glenn A. y Raine A. (2014b). *Psychopathy: An Introduction to Biological Findings and Their Implications*. New York, USA: New York University Press.
- Goodall, J. (1993). *A través de la ventana. Treinta años estudiando a los chimpancés*. Barcelona, España: Salvat.
- Gräslung, B. (2005). *Early Humans and their World*. Londres y Nueva York: Roudledge, Taylor y Francis Group.
- Jarymowicz, M. and Bar-Tal, D. (2006). "The dominance of fear over hope in the life of individuals and collectives". *European Journal of Social Psychology Eur. J. Soc. Psychol*, 36(3), pp. 367-392.
- Lorenz, K. y Leyhausen, P. (1985). *Biología del comportamiento. Raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad*. México: Siglo XXI.

- Moya-Albiol, L. (2004). “Bases neurales de la violencia humana”. *Revista de Neurología*, 38(11). Valencia, España: Departamento de Psicobiología, Facultad de Psicología.
- Mtae, C. (2007). *Implicaciones cognitivas del aprendizaje lingüístico en los simios*. Barcelona, España: Parque de Investigación Biomédica de Barcelona. Disponible en: quark.prbb.org/25/025045.htm
- Mitani, J., Watts, D. y Amsler S. (2010). “Lethal Intergroup Aggression Leads to Territorial Expansion in Wild Chimpanzees”. *Current Biology*, 20(12), June 22. Disponible en: [https://www.cell.com/current-biology/fulltext/S0960-9822\(10\)00459-8#sec13565180e130](https://www.cell.com/current-biology/fulltext/S0960-9822(10)00459-8#sec13565180e130)
- Mitani, J. y Muller, M. (2005). “Conflict and Cooperation in Wild Chimpanzees”. *Advances in the Study of Behavior*, 35, pp. 275-331, USA.
- Nesse, R. y Ellsworth, P. (2009). “Evolution, Emotions, and Emotional Disorders”. *American Psychologist*, 64(2), pp. 129-139.
- Sanmartín Esplugues, J. (2013). “Huyendo de los extremos. Conciliación (Consilience) en la explicación del comportamiento violento humano”. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, Suplemento 18. Málaga, España: Departamento de Filosofía, Universidad de Málaga, Facultad de Filosofía y Letras Campus de Teatinos, E-29071.
- Stockdale, L., Morrison, R., Kmiecik, M., Garbarino, J. y Siltan, R. (2015). “Emotionally Anesthetized: Media Violence Induces Neural Changes During Emotional Face Processing”. USA: Oxford University Press. Disponible en: <https://academic.oup.com/scan/article-abstract/10/10/1373/1648617>
- Tomasello, M. y Call, J. (1997). *Primate Cognition*. New York-Oxford: Oxford University Press, Inc.
- Wieviorka, M. (2001). “La violencia: destrucción y constitución del sujeto”. *Espacio Abierto*, 10(3), pp. 337-347. Venezuela: Universidad de Zulia.
- Wrangham, R., Wilson, M. y Muller, M. (2006). “Comparative Rates of Violence in Chimpanzees and Humans”. *Primates*, 47, pp. 14-26. Disponible en: <https://doi.org/10.1007/s10329-005-0140-1>